

EL ACTO ÉTICO: Filosofía de la acción humana

O ATO ÉTICO: Filosofia da ação humana

Salustiano Álvarez Gómez*

RESUMO

Ação e reflexão. Realidade e transformação. Sujeito e comunidade. Circunstância e ideal. Interioridade e relações de exterioridade e de alteridade. A vida humana sempre em busca de novas realidades, sentindo novas necessidades, assumindo desafios que exigem a responsabilidade da vitória ou do fracasso. Vivendo sempre. Impossível fugir dessa tarefa humana, pessoal, interpessoal, social, histórica, cultural e outras muitas dimensões que desafiam nossa natureza inquieta de seres transformadores. Daí a necessidade de construir uma ciência prática, a Ética, que obrigue a refletir as diferentes formas de encarar as realidades. Desafios e ideais que precisam confrontar-se entre o pessoal, o coletivo e o histórico. As perguntas clássicas do como fazer e como devo fazer se tornam atuais. Certamente, não há dúvida da complexidade e dificuldade de nossas ações e, por isso, surge a necessidade de pensar uma atitude de honestidade e solidariedade que ajude à sociedade a alcançar o bem e a verdade. É imprescindível equilibrar o subjetivo com o intersubjetivo, com o social e com o espiritual. Somos seres em um mundo que experimenta a presença de outros seres. Somos seres de um mundo em movimento e construção que se refaz constantemente e que se pensa a si mesmo desde propriedades imanentes e transcendentais. É dentro destas realidades que pretendemos analisar as ações humanas, suas consequências, resultados e limites conscientes de que a capacidade de transformação convive com possibilidades de erros e com interesses que privilegiam o pessoal às necessidades comunitárias. A definição e a opção por valores humanistas se apresentam como uma tarefa urgente para o ser humano encontrar seu sentido de vida.

Palavras-chave: Ética. Novo humanismo. Antropologia filosófica. Filosofia ética.

RESUMEN

Acción y reflexión. Realidad y transformación. Sujeto y comunidad. Circunstancia e ideal. Interioridad y relaciones de exterioridad y de alteridad. La vida humana siempre en busca de nuevas realidades, sintiendo nuevas necesidades, asumiendo desafíos que exigen la responsabilidad de la victoria o el fracaso. Viviendo siempre. No se puede huir a esa tarea humana, personal, interpersonal, social, histórica, cultural y tantas otras dimensiones que desafían nuestra naturaleza inquieta de seres transformadores. Por eso la necesidad de construir una ciencia práctica, la Ética, que haga reflexionar las diferentes formas de encarar las realidades. Desafíos e ideales que necesitan confrontarse entre lo personal, lo colectivo y lo histórico. Las preguntas clásicas del cómo hacer y cómo deber hacer se hacen actuales. Si no hay duda de la complejidad y dificultad de nuestras acciones, es necesario una actitud de honestidad y solidaridad que ayude a la sociedad a conseguir el bien y la verdad. Hay que

Artigo submetido em 09 de julho de 2022 e aprovado em 15 de agosto de 2022.

* Pesquisador e professor da PUC-MINAS, Mestre em Teologia pela Pontifícia Universidade Católica de Rio de Janeiro (PUC-RJ) e Doutor em Filosofia pela Universidade Complutense de Madri (UCM). E-mail: Salustiano.ag@terra.com.br.

equilibrar lo subjetivo con lo intersubjetivo, con lo social y con lo espiritual. Somos seres en un mundo que experimenta la presencia de otros seres. Somos seres de un mundo en movimiento y construcción que se rehace constantemente y que se piensa a sí mismo desde propiedades immanentes y trascendentes. Es dentro de esta realidad que pretendemos analizar las acciones humanas, sus consecuencias, logros y límites sabiendo que la capacidad de transformación convive con la posibilidad de errores y con intereses personales anteponiéndose a las necesidades comunitarias. La definición y la opción por valores humanistas se torna una labor urgente para el ser humano encontrar su sentido de vida.

Palabras clave: Ética. Nuevo Humanismo. Antropología filosófica. Filosofía ética.

INTRODUCCIÓN: la necesidad de actuar

El ser humano es una tarea de reflexión y descubrimiento constante en su historia. Toma conciencia de su lugar único e indiscutible en el universo, intenta dominar el contorno, observa y aprende con la realidad. Y, además, piensa, analiza y critica su comportamiento en los determinados contextos en que se nace y se vive. Acción, identidad, desarrollo, desafíos son constantes en la vida humana.

La filosofía clásica, de la cual el resto de las filosofías posteriores se hicieron eco, elaboró el término de *cultura*, pues los primeros pensadores ya eran conscientes de la acción del hombre sobre la naturaleza. La cultura fue denominada de *segunda naturaleza* dando a entender el carácter inconformista innato al propio ser humano, insatisfecho con la realidad material en la que vive y buscando constantemente progresar.

Las tradiciones más antiguas y prácticamente todas las culturas son conscientes de esta característica transformadora del hombre. Los mitos que se refieren al trabajo, a la creación de artefactos, al surgimiento de las diversas profesiones y otras funciones específicas son de sobra conocidos y sus explicaciones e interpretaciones oscilan entre las ideas del trabajo como castigo y como acción transformadora. Así ocurre, por ejemplo, en la narración bíblica del Génesis (y por lo tanto se trata de la interpretación básica y común al judaísmo, islamismo y a todos los cristianismos), donde el trabajo es visto desde una doble comprensión. La primera como una acción derivada de Dios para el desarrollo y realización del hombre, y la segunda como sacrificio, sufrimiento y pecado.

En todo caso, está claro que el hombre actúa sobre la naturaleza, transformándola y dominándola de acuerdo con sus posibilidades, inteligencia y técnica, dominio que se realiza a partir de una forma concreta de interpretación, que podemos llamar de *realidad simbólica*, realidad que da significado y sentido a las acciones materiales y espirituales.

Si por un lado nos encontramos con la realidad inevitable de la supervivencia, por otro lado, la conciencia humana nos hace percibir que además de seres que “*estamos en el mundo*” somos seres que “*transformamos el mundo*”. El humano es un ser activo y su acción no se limita exclusivamente a la supervivencia, sino que continúa interactuando en un deseo colectivo de hacer cosas nuevas. El “glorioso animal inacabado”, como afirmó Zubiri, interviene constantemente en todos los aspectos de la vida individual, social y comunitaria. La necesidad de actuar tanto en el medio donde se vive como en la realidad global obedece a diferentes motivos interligados entre sí. Su acción es fruto del deseo personal de transformar y hacer las cosas diferentes y nuevas. Es al mismo tiempo una necesidad de convivencia y organización con el conjunto de los seres vivos, surgido de la conciencia de su limitación y la posibilidad de superación a partir de acciones colectivas. Es igualmente ideal y utopía en la búsqueda constante de un mundo más humano y mejor para todos. Es la necesidad natural de superar el miedo o la limitación y asumir una aptitud creativa que le haga tomar conciencia de su función en la realidad.

La reflexión sobre la acción desencadenada establece un importante y excelente campo de evaluación y conformidad entre lo conseguido y lo pretendido. El ser humano, no es solamente el *homo faber* que se limita a la creación de artefactos para su uso. No es únicamente hombre que hace, es también hombre que piensa, admira, pregunta, cuestiona y acepta o rechaza sus propias realizaciones. Es *homo sapiens* capaz de interrogarse por constantes elementos y fenómenos que aparecen en el día a día de la humanidad.

De esta tomada de conciencia de la realidad natural y cultural el hombre descubre la necesidad de organizar su acción. Los mitos ya le ponen en guardia al percibir que hay acciones del propio hombre que hacen de él un esclavo, un castigado o un condenado. La acción humana se revela, por lo tanto, como una forma ambivalente de estar en el mundo. Puede ser muy agradable y realizadora, pero también puede ser el ingreso en un “valle de lágrimas”. El ser humano necesita rever su propia acción y para ello se hace crítico de sí mismo. Cae en la cuenta de que sus formas de interacción y participación en la naturaleza y en la colectividad pueden traer cambios positivos o serias consecuencias negativas. De aquí surge la relación de “cuidado y atención” con el entorno y los otros seres que viven en alteridad y en convivencia. El ser humano, además de *homo sapiens* se descubre y se forma como *homo crisis*, un ser crítico.

Las consecuencias, algunas veces trágicas, de la acción del hombre le llevan a pensar sobre la complejidad de sus acciones y el alcance de las mismas. El ser que “está en el mundo” es también el ser que se alegra y llora en el mundo. Para mejor poder entenderse y para avanzar en la construcción de una convivencia pacífica y armónica, siente la urgencia de pensar sobre lo que realiza, por qué lo realiza, para quién lo realiza y tantas otras interrogaciones básicas y existenciales. En realidad, se descubre con capacidades de gran valor creativo y desarrollador, y al mismo tiempo como destruidor y catastrófico.

Es por todo esto que sentimos la necesidad de pensar los motivos que orientan las acciones del ser humano. No pretendemos en este breve trabajo resolver cuestiones de una naturaleza enorme complicada. Tan solo pretendemos reflexionar sobre la propia acción humana.

No hay duda de la dificultad y complejidad de nuestras acciones. Es urgente poder ofrecer a la sociedad (en sus organizaciones, ideologías, instituciones, religiones, etc.) elementos que ayuden a un hacer que sea lo más comunitario y humano posible. Es necesario pensar la acción del ser humano para buscar un sentido mayor a la inmediatez de lo individual. Somos seres en un mundo que experimenta la presencia de otros seres. Somos seres de un mundo en movimiento y construcción que se rehace constantemente y que se piensa a sí mismo desde propiedades inmanentes y trascendentes. Es dentro de esta realidad que pretendemos analizar las acciones humanas, sus consecuencias, logros y límites.

1 LA ÉTICA COMO CIENCIA PRÁCTICA

Lo primero que tenemos que tener en cuenta y desde donde es necesario partir es del carácter aludido anteriormente y propio del ser humano. El hombre es el animal de la naturaleza que mantiene la relación más especial con el medio. Ésta consiste, por un lado, en su cuidado y transformación física y por otro lado en la elaboración de un sentido y objetivos simbólicos.

El hombre vive en un *habitat* a partir del cual se transforma y adapta originando un *habitus* por el que continúa transformando e interactuando en el medio (Bourdieu, P., 1989, Pág. 59). *Interpreta* sus acciones dando un sentido simbólico, por el que las *cosas* dejan de ser cosas para convertirse en *objetos*. Así, una piedra deja de ser piedra para significar un lugar especial (en muchas ocasiones, sagrado), o el mismo alimento deja de ser medio de subsistencia para ser interpretado como convivencia o fiesta (Bataille, G. 1993, Pág. 26). En conclusión, las acciones humanas no son simples abstracciones o pensamientos, sino actos concretos y materializados. La idea se transforma en práctica. El sentido dado simbólicamente a la realidad

se convierte en conjuntos de acciones concretizadas, formando sistemas de pensamientos organizados y estructurados. El ser humano no solamente habla, también hace. Un mito antiguo, tal vez, nos ayude a resumir esta verdad fundamental, teórica y práctica, ideal y material, que caracteriza al ser humano. El mito en cuestión es del esclavo Cayo Julio Higino. Lo tomamos de la edición portuguesa del “Ser y el Tiempo” de Martín Heidegger (Heidegger, M. 1989, Pág. 263), y corresponde a la leyenda 220 de las 300 narradas en su obra *Fabulae seu Genealogiae*.

Un día, al atravesar un río, Cuidado vio un trozo de barro. Inmediatamente tuvo la inspiración de una idea. Cogió un poco de barro y comenzó a darle forma. Mientras contemplaba lo que había hecho apareció Júpiter. Entonces Cuidado le pidió que insuflase espíritu en la forma de barro, lo que Júpiter hizo de buen grado. Pero, cuando Cuidado quiso darle nombre a la criatura que había moldeado, Júpiter se lo prohibió y exigió para sí el derecho de darle un nombre.

Mientras Júpiter y Cuidado discutían apareció de repente Tierra, que también quiso que la nueva criatura tuviese un nombre dado por ella pues era de barro, material de su cuerpo. Comenzó entonces una gran discusión entre ellos.

*Consiguieron ponerse de acuerdo para que Saturno fuese el árbitro, el cual tomó una decisión que a todos pareció justa: ‘Tú, Júpiter, que le diste parte de tu espíritu, recibirás su espíritu cuando muera. Tú, Tierra, que le diste parte de tu cuerpo, recibirás igualmente su cuerpo cuando muera. Pero como tú, Cuidado, has sido quien primero le moldeó, lo tendrás a tu cuidado mientras vivas. Como entre vosotros hay una acalorada discusión sobre el nombre de esta criatura, yo decido que se llame HUMANO, que quiere decir hecho de **humus**, que significa tierra fértil.*

De alguna forma, esta fábula-mito de Higino pone en evidencia algunas cuestiones básicas para pensar y reflexionar sobre el actuar del hombre. De la realidad natural, *Cuidado* cría y transforma. *Júpiter* y *Tierra*, que simbolizan la paternidad-maternidad de lo divino y lo terreno, reivindican para sí el sentido de la creación y transformación. El conflicto se instaura cuando aparece la novedad de la acción creativa. A quién pertenece la obra realizada y el para qué de esa misma obra, experimenta una tensión difícil de ser resuelta. Es necesaria la discusión, la reflexión, el profundizar para tener la certeza de que lo que se hace es realmente bueno e imprescindible. Vale la pena recordar que *Júpiter* significa el *padre de la luz o el dios del día*, mientras que *Tierra* significa *la gran madre de la fertilidad*, perfectamente representada en la *telúrica* naturaleza fecunda y reproductiva. Por último, la figura de *Saturno*, que indica una divinidad anterior a la gran divinidad de *Júpiter* y que viene a significar *lo sembrado y plantado*, el origen primordial y misterioso de todas las cosas y por lo tanto identificado con la sabiduría natural y profunda de lo ancestral. Las cosas surgen, y no por casualidad o por acaso. Son asumidas en su desarrollo personal y social en vistas a un sentido concreto y penetrante. Se busca la más auténtica y honda realidad de las cosas. Se viven (se cuidan) en virtud de un significado que provoque su identidad (Boff, L. 1999, Pág. 53).

Las acciones realizadas surgen por el deseo de la búsqueda de algo que haga al hombre más humano y más conocedor de la verdad de cada realidad. Para conseguirlo se hace necesario asumir los conflictos de sus posibles sentidos, pensar su significado más auténtico, su utilidad y servicio. Es aquí donde surge la ética como la exigencia de una realidad totalmente práctica. La acción de *Cuidado* pasa a ser acciones de cuidados. El deseo inicial se transforma en mediaciones de entendimiento y ejecución. El pensar sobre lo que se hace, la reflexión sobre el acto concreto, es ya y como consecuencia, una reflexión sobre las realizaciones practicadas. El pensar se transforma en hecho. El hecho consumado se transforma en objeto de análisis y evaluación. Las acciones humanas pasan a ser encaradas como actos proyectados que buscan un objetivo. La ética se hace la ciencia de la reflexión de las operaciones personales y sociales. Lejos de ser una especulación apartada o separada de la acción, es el momento de la orientación,

el germen de la misma acción. No es, por lo tanto, una especulación en lo abstracto, sino un juicio profundo de la actividad transformadora del hombre.

La reflexión busca paz y consenso, pero se hará más complicada y profunda en la medida que consiga cruzar las grandes e inevitables diferencias de los diversos intereses que componen las acciones humanas. La constatación de varios puntos de vista, que en realidad corresponden a diferentes intereses, supone la urgencia de un análisis detallado que sea capaz de acoger y asumir la mejor posibilidad entre las muchas opciones posibles. La tarea de la ética no es sencilla. Las variantes (sociales, económicas, ambientales, geográficas, ideológicas, históricas, ...) son innumerables. Cabe a la ética no tanto responder a los problemas o cuestiones planteados, sino iluminar la realidad para, ante las muchas posibilidades, encontrar la que sea más oportuna, realista, posible, en definitiva, la respuesta más humana en cada realidad y situación concreta.

La conciencia de las opciones más apropiadas en las diferentes situaciones, su discusión, tensión y conflicto, es lo que interroga las acciones desde sus diferentes posiciones y, en definitiva, lo que integra sus elementos dialécticos. Si la ética es una ciencia o una filosofía de lo práctico, es también una ciencia de lo dialéctico.

2 LA DIALÉCTICA DE LA ACCIÓN CONCRETA

Si anteriormente vimos como el ser humano es capaz de interpretar su realidad dando significado a lo material y externo, su acción especulativa también interpreta a sí mismo. Nos encontramos ante dos realidades intrínsecamente relacionadas. Por un lado, la material, que será objeto de acción. Por otro lado, el sujeto que realiza la acción, que actuará con sus posibilidades y opciones concretas.

Las posibilidades de actuación vienen delimitadas por los condicionantes históricos, culturales, científicos, personales y tantos otros. La acción que cualquier sujeto pueda desempeñar siempre estará marcada por las limitaciones propias del espacio y del tiempo. Si la opción se ha de realizar a partir de una reflexión anterior, aunque ésta esté condicionada por las diferentes limitaciones, su acción es fruto de su libertad. El sujeto tiene la condición de poder escoger una opción dentro del abanico de posibilidades que se abren a su alrededor. Su decisión no cae en el vacío pues realiza una transformación desde el momento de su acto concluido. Esta acción es tan importante que engrosa las posibilidades de acción con nuevas opciones. Los actos están interrelacionados y las realidades cambian a medida que nuevas acciones son consumadas. La *trans-formación* crea formas nuevas, que pasan a exigir posibilidades nuevas, con opciones nuevas. El sujeto humano realiza constantemente nuevas realidades.

Nos encontramos, consecuentemente, delante de una transformación que nunca se acaba. No se puede pretender una decisión que abarque la totalidad de los actos humanos. Llegar a conclusiones y, a partir de ellas, realizar acciones, significa crear nuevos patamares que permitan nuevas opciones con nuevas reflexiones. La construcción racional, y también ética, de la realidad viene marcada con el signo de la complejidad y de la grandeza. El sujeto se construye construyendo a partir de lo ya construido. Sin querer profundizar en la cuestión, el lenguaje puede ser el mejor ejemplo de esta realidad, pues existe antes del mismo sujeto nacer y, éste, lo utiliza para su socialización al tiempo que cría nuevas expresiones y conceptos.

Buscando elaborar una lógica sistemática de los actos humanos que nos lleven a la formulación de una sistemática ética, tenemos que pensar en la conciencia de una *identidad* concreta y propia, en la búsqueda de una *finalidad* que sea la meta y el objetivo a ser alcanzado, y la necesidad de *mediaciones* que permitan la realización de los pensamientos a través de los actos. La construcción de una nueva realidad, fruto del ideal de *transformación* natural del género humano, no se detiene en lo inmediato pues se siente *trascendental* al mismo tiempo.

Estos elementos son los que pueden apuntar la dialéctica de las acciones concretas. A medida que son realizadas y culminadas aparecen nuevas posibilidades capaces de perfeccionar el acto realizado. La búsqueda de una acción ética se presenta como conjuntos de acciones en desafío constante. El bien personal y comunitario es conseguido solamente dentro de la parcialidad de las posibilidades. Más que “imperfectas” las acciones son limitadas. Son actuaciones que buscan la realización humana marcadas en un conjunto de circunstancias.

Entre estas acciones, históricas y mediatizadas, hay que contar, de forma real, con la posibilidad del error. Y dentro de la libertad humana y de los intereses individuales y grupales hay que tener en consideración la posibilidad del engaño o la intención del beneficio personal perjudicando otros grupos sociales. La ética tiene que funcionar como juicio crítico, al estilo socrático del *cómo debemos vivir* y al estilo kantiano del *qué debemos hacer*.

El movimiento dialéctico que organiza el sistema de categorías que integran el comportamiento ético del sujeto y de la comunidad obedece a algunos principios. El primero sería el de *asumir* la construcción de una *unidad*, tanto en el discurso como en la elaboración de una lógica reflexiva, dentro de la *particularidad* de cada situación y de la *singularidad* de cada sujeto. Articular estas categorías es tarea de interrelación entre las *ciencias empíricas*, por un lado, que sin duda alguna cuentan con muchos elementos concretos que aproximan al sujeto de la verdad a ser analizada y permiten una comprensión explicativa, y las llamadas *ciencias especulativas*, especialmente la filosofía, que añaden la posibilidad de una reflexión trascendental y metaempírica o metafísica. Lo que queremos llamar de *ciencia ética*, es la acción especulativa, intelectual y gnoseológica, capaz de analizar el nivel de la *pre-comprensión* humana, correspondiente a la construcción de un sujeto y de una comunidad ética.

En resumen, tenemos que percibir una realidad que surge de una *limitación eidética* (propia del ser en sí), impuesta por la realidad situada y limitada del ser humano, una *limitación tética* (relativa a la consciencia), fruto del dinamismo *ilimitado* del sujeto humano en busca de nuevos horizontes, y la construcción de una *totalización* que busca un ideal común al ser humano (Lima Vaz, 2000, Pág. 20).

La experiencia humana nos hace conscientes de la existencia de categorías *subjetivas* y personales, en estrecha relación con la construcción social de la realidad, categorías *intersubjetivas* y comunitarias, y la realidad concreta que tiende a convertirse en propiedad universal, o lo que es lo mismo, la categoría *objetiva*, o necesidad de seguridad y certeza. Estas tres categorías se entrecruzan en el acto ético que queremos analizar, por lo menos en sus puntos más importantes. Nos limitaremos a estas categorías, de lo subjetivo-intersubjetivo-objetivo, dejando de lado otros aspectos de análisis no menos importantes, como puede ser el de la *universalidad* o deseo de unión e identificación general, la *particularidad* de las acciones históricas y la *singularidad* de cada sujeto.

3 ESTRUCTURA DEL ACTO ÉTICO

Cuando nos referimos a un acto, y esto no solamente dentro de los principios éticos, estamos refiriéndonos a una práctica concreta, realizada por alguien, para algo, beneficiando o perjudicando a otros, incorporando personal y socialmente elementos nuevos, influyendo de alguna forma en todas las realidades sociales, personales y naturales. Hablar de acto es hablar de lo más práctico en las realizaciones humanas. De ahí surgen las categorías subjetivas, intersubjetivas y objetivas, tal como fue indicado anteriormente. Es el sujeto que realiza la acción en función de metas o deseos pretendidos. El sujeto es capaz de actuar por las posibilidades creadas por la sociedad y por la disponibilidad propia para la acción. Los actos realizados, aunque puedan ser interpretados y significados de formas diferentes, son reales y por eso claramente objetivos.

Los bases del acto ético serán, por consiguiente, la subjetividad, la alteridad y la

objetividad.

3.1 Estructura subjetiva

Por estructura subjetiva entendemos el elemento referido más concretamente a la práctica personal. Es una *ética de la acción personal*. Con esto, se quiere indicar que las acciones éticas existen por que hay sujetos concretos y reales que obedecen a principios, normas, ideales y comportamientos participados de forma universal. Si anteriormente hemos afirmado que la ciencia ética es una ciencia en elaboración dialéctica, igualmente tenemos que afirmar que cada ser humano concreto es el fruto de su dialéctica personal, histórica, cultural, en definitiva, el fruto de una serie de relaciones personales y sociales.

La acción ética es posible y real por existir personas reales y concretas. No se podría hablar de ética sin individuos que la hiciesen práctica. La ética personal, consecuencia de la subjetividad, es lo que permite el paso de lo abstracto a lo concreto y de lo universal a lo personal. Lo subjetivo dentro de las acciones éticas es lo que hace posible la razón práctica de la reflexión humana. El actuar de la sociedad se hace realidad a partir de los múltiples actos racionales y libres de cada ser humano.

Pero el acto racional y libre es igualmente complejo. Vale recordar la distinción platónica entre la *ephistème* y la *doxa* y su relación con la *praktiké* para percibir las dificultades inherentes. En todo caso es claro que el sujeto ético, desde su subjetividad, es un sujeto limitado y finito, portador de libertad de acción y de inteligencia, con una estructura, ya apuntada por el mismo Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*, compuesta por elementos psicológicos, gnoseológicos y psicoafectivos (Lima Vaz, 2000, Pág. 68). Su limitación y finitud no le impiden vivir un carácter intencional, haciéndose portador de la mediación necesaria para la consecución de las tareas y realizaciones humanas.

La estructura subjetiva se presenta, por lo tanto, como la primera manifestación de la razón práctica, asumida por un sujeto ético que tiene deseos, intenciones, conocimiento, pensamiento y libertad. Estos elementos forman la base de su actitud ante los otros seres humanos y la transformación del mundo. Si en un primer momento la filosofía clásica situaba al sujeto personal como parte de una organización donde predominaba la idea de una *poli* a la cual todos debían someterse, la filosofía posterior fue elaborando nuevos conceptos, entre los cuales los aportes de Descartes y Kant, que fueron especialmente importantes para la idea del deber y la búsqueda del Bien y de la Verdad. Resumiendo de forma muy breve el ideal de las diferentes corrientes filosóficas, tenemos que afirmar la idea de un deseo natural de conseguir el Bien y alcanzar la Verdad. Si la Verdad se encuadra en la necesidad racional y cognitiva de conocer auténticamente la realidad, la libertad se encuadra en el deseo de una voluntad de hacer el Bien y vivir en armonía con la totalidad del mundo y de los humanos. El ser humano, desde su subjetividad, se manifiesta como un ser *autoexplicativo* y *autodeterminativo*, capaz de hacer de la norma universal una forma práctica de actuación y realizar acciones concretas que correspondan a sus deseos e intenciones.

Si en algunos pensadores de la Modernidad los elementos subjetivos fueron privilegiados excesivamente con relación a los elementos comunitarios, este exceso no puede negar ni minimizar la importancia radical de la subjetividad de las acciones humanas. El querer y el conocer proyectan al sujeto ético a la realización y la búsqueda de lo nuevo y lo mejor. La racionalidad actúa para definir y responsabilizarse por las acciones concretas. Toda acción humana que tenga el estatuto de ética, tiene que ser una acción reflexionada y pensada y tiene que formularse y realizarse a partir de un proyecto concreto. O sea, la libertad, iluminada por la racionalidad, recapacita sus acciones y se responsabiliza por ellas. Toda acción humana tiene que ser acción libre. La racionalidad, además de la responsabilidad, tiene que iluminar el consenso como forma de relación entre los diferentes individuos que son parte de la

colectividad.

A pesar de la complejidad del tema hay que admitir y defender que una sociedad es equilibrada y madura cuando sus integrantes tienen conciencia de sus posibilidades, cuentan con oportunidades de elecciones y opciones para su futuro y son capaces de decidir por sí mismos para iluminar la sociedad en la que se encuentran inmersos.

3.2 Estructura intersubjetiva

Avanzando en la reflexión del punto anterior, se constata que la naturaleza humana toma conciencia de la realidad del encuentro con los otros. De la conciencia del *YO* se pasa a la conciencia del *NOSOTROS*. Si tuviésemos que exponerlo de forma bien concreta, nuevamente podríamos recurrir al lenguaje para tener una noción bien real de la cuestión.

De hecho, el lenguaje es comunicación entre los diferentes miembros de un grupo o entre distintos grupos. El lenguaje es la formación de un sentimiento y de una forma de expresión. Corresponde a la exteriorización de una realidad. Es el fruto de una forma de sentir y vivir. Cada cultura elabora su lenguaje y sus miembros lo incorporan y lo utilizan para su convivencia y desarrollo. El lenguaje es básicamente *diá-logo*, pensamiento y razones que se comunican.

El lenguaje, como estamos indicando, es expresión, y solamente consigue surgir cuando se torna elemento práctico de una mediación significativa. Los objetos que están a disposición del sujeto y de las culturas son los instrumentos que son expresados. Hay un *reconocimiento* de la realidad en la que se vive que provoca una forma de *encuentro*. Si la conciencia personal elabora un encuentro consigo mismo, al mismo tiempo, el ser humano percibe una realidad mayor que la suya. La cultura no solamente hace posible el paso de la *idemidad* a la *ipseidad*, por la que un sujeto se sabe en transformación constante a pesar de su identidad personal, sino que también provoca el encuentro entre los diferentes *YOs*. El ser humano es un ser de *relaciones* espontáneas y reflexivas definidas a partir de la conciencia del *reconocimiento* y de la *reciprocidad*.

El reconocimiento, la reciprocidad, el encuentro, en definitiva, la estructura intersubjetiva del acto ético ha sido motivo de reflexión y discusión a lo largo de la historia de la Filosofía, oscilando entre posiciones positivas y negativas de la necesidad comunitaria del ser humano, interpretándole como un *ser solitario* o como un *ser social*, pero prevaleciendo esta última concepción. Vale la pena recordar la idea aristotélica del hombre como un “*animal político*” y llamado a vivir en *polis*, o la idea sofista del ser humano como “*naturalista y convencionalista*”, idea de alguna forma posteriormente retomada por Tomas Hobbes y su formulación de la naturaleza perfecta y salvaje, pervertida por la corrupción humana que la hace enemiga de los semejantes, pero transformada a partir del consenso social por el cual el hombre deja de ser un lobo para el hombre para convertirse en constructor de un contrato social. De cualquier forma, se pone de manifiesto la realidad estructural intersubjetiva del *conflicto ético*.

El consenso convencional, en donde podíamos poner como tope máximo la elaboración de la Ley y del Derecho como forma de regularizar la convivencia humana es fruto del conflicto. Si la conciencia de la realidad relacional y recíproca aparece de forma natural y espontánea permitiendo el encuentro con una realidad superior al *yo*, esta conciencia no aparece de forma pacífica. Sin llegar a los extremos sartrianos de considerar al *otro* como el infierno personal, sí podemos afirmar que la sociabilidad es problemática.

Lo que posibilita la superación de este conflicto que se manifiesta en la alteridad es la búsqueda del *Bien* y de la *Verdad*. El conflicto es el resultado de un encuentro de intereses contrarios o diferentes propios de las particularidades humanas. Si la realidad nos pone natural y espontáneamente en contacto con los otros, lo que hemos llamado anteriormente de relación y reciprocidad, cabe a la reflexión la tarea de organizar la convivencia y administrar las posibles

tensiones y conflictos que necesariamente surgirán. Recordando que la ética es esencialmente una ciencia práctica, tenemos que reconocer la necesidad de una razón práctica inmanente a la acción colectiva. Hay de hecho una ordenación constitutiva a la verdad y al bien. Solamente en el *bien* y en la *verdad* puede darse la realidad de una comunidad ética. El consenso de los grupos humanos se da en la procura de la verdad de las cosas y en la bondad de las acciones. La posibilidad de la comunidad ética exige la posibilidad del encuentro y del consenso con el otro. De la conciencia ética individual se elabora y se da el paso a la conciencia ética social, o lo que podemos llamar de conciencia intersubjetiva.

Nos descubrimos ante la realidad del encuentro con los otros, que se da en diferentes niveles estructurales, como son el *encuentro personal* (interrelación y reciprocidad física y material), el *encuentro comunitario* (mediación de la afectividad y de la racionalidad), y el *encuentro social* (necesidad de lo institucional y consensual).

Vale la pena concluir esta reflexión sobre la intersubjetividad recordando la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, donde deja constancia de que el primer paso para el efectivo acto de la autoafirmación del sujeto como *Yo*, es su encuentro con el *Otro*. El *Yo* se encuentra indisolublemente unido al *Nosotros*. En palabras de Hegel,

la conciencia primera emerge y se forma en la relación recíproca con el mundo. Avanza rápidamente para la relación recíproca con otra conciencia por medio del reconocimiento. Se constituye, en ese momento, como conciencia-de-sí (Yo) que, como conciencia propiamente histórica es, igualmente, conciencia-de-nosotros, cuyo destino estará unido a formas de realización del espíritu en el tiempo hasta alcanzar su identidad, dicho de otra forma, su verdad. (Cfr. Lima Vaz, 2000, Pág. 68).

3.3 Estructura objetiva

De lo expuesto hasta ahora llegamos a la certeza de que la ciencia ética es una ciencia práctica y, a partir del texto citado de Hegel, una ciencia que solamente puede ejercerse en la práctica histórica. De hecho, es en la historia, y en las costumbres y formas reconocidas históricamente por los grupos sociales, que se forma la conducta de los individuos, a partir de la racionalidad y del ideal de conseguir nuevas formas de convivencia que hagan al ser humano más perfecto. La ética pretende exactamente poder formular racionalmente una forma de vida, capaz de convencer y satisfacer la totalidad del comportamiento humano.

De las estructuras subjetivas e intersubjetivas analizadas, llegamos igualmente a la conclusión de reflexionar sobre una realidad conflictiva y tensa, dialéctica, que busca su realidad más profunda y convincente en la articulación de los comportamientos humanos. La acción del sujeto ético es realizada en una comunidad ética (dimensiones subjetivas e intersubjetivas) y tiene como fundamento el actuar en una situación histórica concreta, que fornece los contenidos de comportamiento, pero que al mismo tiempo busca ser transformada. La realidad inmanente y trascendente se encuentran en el acto ético. Podemos incluso decir, que hay una realidad trascendente en lo inmanente de las acciones. Es desde esta tensión trascendental que podemos pensar la superación de lo inmanente y buscar la objetividad de la estructura del acto ético.

Platón ya tentó una explicación y formulación de la estructura objetiva del acto ético cuando colocó como clave de comprensión y de interpretación el *mundo de las ideas* como la auténtica explicación de las cosas. Esta forma de entender la realidad le llevó a la formulación de una *polis ideal*. Superaba con eso las concepciones *naturalistas* y *convencionalista* de los sofistas y de los pre-socráticos que negaban, por un lado, la imposibilidad de una ética fuera de la *Physis*, y por otro lado la imposibilidad de una ética fuera de las instituciones sociales convencionales. Platón supera las dos posiciones dando a las ideas el estatuto de la expresión de las normas y costumbres a seguir. Son el fundamento real del *nomos*, ley, que orienta las

acciones de la comunidad, *polis*. El ejemplo prototipo va a ser manifestado en *La República*, haciéndose la primera referencia del acto ético objetivo (Reale, G. 1997, Pág. 241ss).

La cuestión se sitúa entre la *historicidad* del *ethos* vivido en la praxis individual y comunitaria y el *ideal* de *ethos* que quiere construirse. La realidad objetiva para Platón surge de la *transcendentalidad* del mundo de las ideas coronada por la idea del *Bien*. En el desarrollo de su teoría, Platón aporta para el futuro de la filosofía algunos conceptos antropológicos básicos del *ser humano* como el del *ser natural*, y por lo tanto sometido al ritmo y a las leyes de la naturaleza, el del *ser espiritual*, abierto por la libertad y la inteligencia a una realidad *transnatural*, gnoseológicamente *transempírica* y ontológicamente *transcendente*. A partir de este análisis es posible explicar los elementos objetivos del acto ético, pensando el ser humano como un ser natural e inmerso en la naturaleza, pero en desafío constante para encontrar nuevas formas superiores ideales, correspondientes al mundo de las ideas, y por eso en constante progreso espiritual e intelectual (Lima Vaz, 1997, Pág. 3ss).

Para no prolongar en demasía un recorrido histórico que nos hiciese pasar por Aristóteles, San Agustín, el Tomismo, Descartes, Kant, Hegel, y otros, solamente queremos hacer una pequeña alusión a la problemática de la Modernidad, donde los elementos objetivos del actuar ético son cuestionados a partir de posturas que sitúan lo subjetivo e individual como la norma esencial de conducta, lo que hace que se pierdan o se disminuyan algunos conceptos que fueron elaborándose, como la idea de la *obligación moral*, *imperativo categórico*, *norma universal* y tantos otros. A partir del siglo XIX comienza a surgir la idea de *valor* que va a servir de orientación práctica e reflexiva, con su origen conceptual vinculado al pragmatismo de las Ciencias Económicas.

En definitivo, hay un intento claro de que la ciencia ética sea una ciencia práctica, cosa que puede formularse a partir de la *racionalidad* de las acciones humanas o, dicho de otra forma, la elaboración sistemática de un acto ético. La ética se presenta como el intento de una lectura racional de la historia y de sus condicionantes históricos y naturales en la búsqueda de un fin que ayude al ser humano a alcanzar un nivel de desarrollo que le aproxime lo más posible de la perfección.

CONCLUSIÓN: VALORES, LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA PRÁCTICA ÉTICA

Llegamos a la conclusión de que la vida del hombre es un conjunto de acciones pensadas y realizadas a partir de la importancia atribuida a los objetivos que quieren ser alcanzados y en relación con las necesidades personales y colectivas. La acción indica un interés concreto, definido y defendido a partir del *valor* que quiere ser atribuido. La vida humana es una vida marcada por valoraciones.

La idea de valor lleva a la reflexión sobre la realidad. El valor es algo que no pasa desapercibido porque se le da una importancia esencial y crucial en la vida social (González Arnáiz, G. 1985, Pág. 29). Se identifica con el ideal a ser alcanzado, las grandes metas sociales, los deseos personales y comunitarios, la necesidad de construir algo que tenga sentido y merezca la pena de ser vivido. El valor es la salida del sin-sentido o el abandono de la mediocridad. Valorar es asumir la responsabilidad de un acto y comprometerse con su materialización y realización. El valor, en especial cuando se trata de su significado ético, implica un compromiso humano que lo haga presentarse como algo más que una *cosa*, algo más que las mismas pretensiones *subjetivas*, incluso algo más que la misma realidad *ontológica*, por tratarse de algo que alude al *deber* de construir una realidad, sin conformarse con la situación actual. La intuición de un valor implica la idealización de una sociedad y la corrección del comportamiento humano.

La formulación de una ciencia ética o una ciencia práctica cuenta con sus límites. Etimológicamente, el concepto de límite tiene una connotación de protección y defensa y al

mismo tiempo de cultivo y producción. La palabra se refiere a la faja de tierra que separaba los territorios del Imperio Romano del llamado Mundo Bárbaro. En este espacio de tierra se plantaban toda serie de productos para alimentar al Imperio, al tiempo que servía de frontera. Crear límites es, por un lado, establecer los criterios de la construcción de una realidad social protegida en sus mismas bases, y, por otro lado, la conciencia de barreras o restricciones. De hecho, el pensar ético y la reflexión sobre la práctica concreta se tropiezan con los *límites* propios del espacio y del tiempo, que en otro momento histórico serán diferentes. La construcción de una ciencia de lo práctico parte de la relatividad de la realidad conocida, pero al mismo tiempo de su conciencia y de la posibilidad de nuevas situaciones.

Este aspecto de relatividad no impide la formulación de una ética de la actualidad. Aunque se tenga conciencia de la posibilidad de nuevas realidades, el ser humano se sabe dentro de un tiempo determinado. El *ser-en-el-mundo* de Heidegger es la percepción del *estar-en-el-mundo* y de *trans-formar el mundo*. O sea, es imposible construir y pensar una práctica fuera de la realidad conocida. El propio límite de la ética es al mismo tiempo el resorte dialéctico para el desafío de la construcción de una nueva realidad. La ética, como ciencia de lo práctico, deber ser la línea de corte multidisciplinar que atraviese todas las dimensiones humanas para hacer de esa multidisciplinaridad una realidad transdisciplinar, provocada e incitada a superar lo conocido en la búsqueda de una sociedad más humanizada.

REFERÊNCIAS

- ARNÁIZ, Graciano Fernández: **Ética de los valores. Una cuestión abierta**. Cuadernos de Realidades Sociales, 25/26, UCM, Madrid, 1985
- BATAILLE, George: **Teoria da Religião**. Ed. Ática, São Paulo, 1993
- BOFF, Leonardo: **Saber Cuidar. Ética do humano, compaixão pela terra**. Ed. Vozes Petrópolis, 1999
- BOURDIEU, Pierre: **O poder simbólico**. Ed. Difel, Lisboa, 1989
- GIOVANNI, Reale: **Para uma nova interpretação de Platão**. Ed. Loyola, São Paulo, 1997
- HEGEL, Friederich: **Fenomenologia do Espírito**. Ed. Vozes, Petrópolis, 2008
- HEIDEGGER, Martín: **El ser y el tiempo**. Ed. Vozes, Petrópolis, 1989
- PLATÃO: **A República**, Ed. Atena, São Paulo, 2005
- VAZ, Claudio H. Lima: **Escritos de Filosofia III: Cultura e Filosofia**. Ed. Loyola, São Paulo, 1997
- VAZ, Claudio H. Lima: **Escritos de Filosofia V.- Introdução à Ética Filosófica**- Ed. Loyola, São Paulo, 2000